

# Periodismo, sociedad civil y discurso contestatario en *Los periodistas* de Vicente Leñero

*Ignacio Corona is Assistant Professor at the Ohio State University, where he teaches contemporary Mexican, Chicano/a and Latin American Literatures and cultures. He received his Ph.D. in Spanish from Stanford University. He is the author of Después de Tlatelolco: las narrativas políticas en México (1976-1990). Un estudio de sus estrategias retóricas y representacionales (in press), and co-editor with Beth E. Jörgensen of The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre (in press). He has published articles in many journals in the United States and abroad.*

En el discurso político producido en las sociedades latinoamericanas que en décadas recientes emergen de experiencias de autoritarismo o semi-autoritarismo, se destaca el concepto de “sociedad civil” como un renovado referente ideológico.<sup>1</sup> Al constituirse en vehículo discursivo de un ostensible cambio de pensamiento en torno a lo social y a las relaciones Estado-sociedad en la transición al neoliberalismo, este concepto aparece en cierto discurso contestatario concentrando las aspiraciones democráticas de la sociedad,<sup>2</sup> en contraste con el tradicional uso de términos como “pueblo” o “nación” por parte del discurso oficial de corte populista. En dicho discurso contestatario se imagina, cultiva y actualiza entonces un concepto de “sociedad civil,” concibiendo a ésta en función de ciertas dinámicas sociales. En igual medida, tal concepto funge como una contrapropuesta implícita de sociedad con respecto al discurso de izquierda más ortodoxo o radical, aquél mayormente sintetizado por la expresión “sociedad de clases.” Por su particular carga semántica, el término “sociedad civil” resulta uno de los puntos salientes de una concepción política que, sin romper con las bases ideológicas fundamentales de las democracias de facto o “reales,” discrepa en la forma y en la práctica política gubernamental. Es decir, en el marco axiológico fundamental hay acuerdo pero no en la pragmática. Es la evidencia de una separación entre la teoría y la práctica política que no por ser artificial, como piensa Laclau,<sup>3</sup> deja de producir un efecto real. ¿Cómo adquiere tal concepto de “sociedad civil” una nueva cobertura ideológica para convertirse en pieza central de los actuales discursos sociales y políticos? ¿Qué coyunturas y cambios sociales lo hacen posible? ¿Qué

problemas retóricos lo lastran? Y, a fin de cuentas, ¿qué significa, en realidad, dicho concepto? El presente trabajo indaga el sentido de estas preguntas en el campo de las representaciones culturales, a partir de la lectura de una novela-crónica que convoca dicha problemática y que es una de las primeras elaboraciones textuales de un discurso contestatario que se generalizaría durante los años ochenta: *Los periodistas* (1978) de Vicente Leñero.

### Estado-sociedad y periodismo: el *affaire* del *Excélsior*

En la reciente experiencia mexicana de la democratización, frente al monopolio del poder ejercido por el partido que emergió de la facción triunfante de la revolución mexicana (PRI), el referente "sociedad civil" asume una indudable connotación opositora. En efecto, el adjetivo "civil" establece una distinción respecto al concepto más inclusivo, pero de indudable carácter gubernamentalista, de "Estado." Aunque éste último englobe naturalmente al de "sociedad," la dicotomía "Estado-sociedad" se generaliza. Así, lo "civil" se construye como una alternativa conceptual tendiente a identificar tipos de relaciones, instituciones y prácticas políticas, si no del todo independientes de las redes oficiales, sí con una dinámica propia hacia la autonomía o la endodirección. Es evidente que el discurso contestatario que define y describe esa manifestación de autonomía requiere de un lenguaje para expresar las nuevas formas sociales que se identifican. Más aún, tiene la difícil tarea de demostrar que no sólo se trata de un discurso reactivo a nivel retórico, como la alternativa simétrica exacta, sino que es propositivo desde el punto de vista político al identificar y definir nuevos agentes sociales y aquellas instancias de conflicto social encu-

biertas por el discurso oficial. Los temas de la agencia y la victimización social, de la verdad y la representación histórica, así como la confrontación de la configuración ideológica del discurso dominante, en base a una prioritaria lectura ética y moral de la realidad, serán los principales elementos conformadores del discurso contestatario.

Al recorrer los cauces que dicho discurso toma hacia el presente en el caso mexicano, con el impulso de un cierto continuismo histórico como hipótesis, se hace posible identificar momentos claves en que en el pasado inmediato se registran cambios coyunturales de los procesos sociales y políticos. Como lo sugiere la lectura de *Los periodistas*, uno de esos momentos, por sus implicaciones y por su efecto indirecto en las relaciones posteriores del gobierno con los medios de comunicación, es el originado por el "golpe" al periódico *Excélsior*, ocurrido a mediados de 1976. Uno de los pocos periódicos críticos en el país, este diario se había constituido, bajo la dirección de Julio Scherer, en un bastión del reportaje investigativo serio y la tribuna de opinión independiente, abriendo sus páginas a intelectuales como Rosario Castellanos, Jorge Ibargüengoitia, Octavio Paz y Gastón García Cantú, entre otros. En el mundo periodístico internacional se le reconocía como garante de la libertad de prensa y el derecho a la información. Era considerado por muchos el mejor periódico latinoamericano de la época.<sup>4</sup> El golpe que condujo a la salida forzada de la directiva y sus principales colaboradores acaeció ocho años después de la masacre de Tlatelolco en 1968.

Aunque evidentemente no hay ninguna semejanza o proporción comparable entre estos dos acontecimientos, es posible afirmar que ambos son manifestaciones de agudos problemas de estabilidad y legitimidad del sistema político mexicano. Como piensan Aguilar Camín y Meyer, el 68 produce una

profunda erosión en las bases de legitimidad del régimen priísta frente a grandes sectores de la población, en particular, las clases medias (187). Más aún, en términos de proyección histórica, el 68 marcaría el fin del matrimonio Estado-sociedad posrevolucionario y de toda su cultura, así como el anuncio del fin de un modelo económico, el del desarrollo estabilizador. Por su parte, el también llamado “pinochetazo”<sup>5</sup> al *Excélsior* no se constituye en ningún evento público porque su ocurrencia no trasciende, en un principio, los círculos del poder intelectual y político. Ocurre de manera casi privada, representando una manifestación más de la división entre las élites letradas del país, que se había hecho pública a través de las renunciaciones de diplomáticos y protestas de importantes intelectuales. Es, asimismo, un momento culminante para los medios de comunicación mexicanos, marcando el inicio y el fin de una época. En efecto, el golpe gubernamental a la libertad de prensa produce el efecto contrario en sexenios subsiguientes: el fin de una práctica de censura casi total. De ahí que el movimiento estudiantil y la represión al periódico puedan ser comprendidos como parte de un mismo proceso de crisis política en el espacio público marcado por la dicotomía “Estado-sociedad.”

Vicente Leñero, como director de una de las revistas culturales de *Excélsior* (*Revista de revistas*) y miembro del grupo cercano al director general, fue testigo presencial de las maniobras contra el periódico, las cuales a la postre determinaron la salida del grupo directivo y el cambio de su política editorial. En *Los periodistas* se narra una batalla desigual entre las tácticas de presión orquestadas por el gobierno y la decisión de los periodistas de no claudicar en su defensa de la libertad de expresión, de prensa y de información. A nivel discursivo, el texto libra por igual otra batalla entre un discurso contestatario en ciernes y el

discurso populista del partido gobernante, que en el sexenio del presidente Luis Echeverría Álvarez (1970-76) tomó un giro hacia la izquierda.<sup>6</sup> Desde un punto de vista retórico, el enfrentamiento arrojará dos sentidos de sociedad e, inclusive, de justicia social.

Es importante aclarar que en *Los periodistas* no se encuentra una elaboración conceptual explícita del concepto de sociedad civil, pero sí algunos elementos—como la lucha por la libertad de prensa y expresión—que en la actualidad definen su problemática fundamental. La novela se podría agrupar entonces junto con aquellas obras literarias que aún no definen un lenguaje particular para describir los conflictos políticos en los nuevos contextos sociales que son el objeto de su narración. Por ello conviene enfocar sus categorías teórico-políticas implícitas, en el entendido de que éstas “do not only exist in books but are also part of discourses actually informing institutions and social relations [and] are an integral part of the making of political life” (Laclau 2). En efecto, en *Los periodistas* la sociedad civil no se presenta como objeto de reflexión, tal como aparecería años después en textos como *Entrada libre. Crónicas de una sociedad que se organiza* (1987) de Carlos Monsiváis, dentro de una nueva concepción política del México urbano en medio de una crisis ya no sólo cultural o social, sino política y económica del régimen priísta.<sup>7</sup> Sin embargo, sí narra uno de los momentos finales de una sociedad “despolitizada,” según una opinión muy extendida en la izquierda de la época, en supuesta comunión cultural y social con la ideología oficial, la cual se había manifestado desde los años cuarenta. Asimismo, a pesar de no lograr articular todas las piezas de un discurso como oposición y superación del populismo oficial, de lo cual la reproducción de un patriarcalismo heredado de la visión heroica sesentista es un

ejemplo notable, *Los periodistas* es un testimonio especialmente valioso al revelar dentro de sus contradicciones, los límites de un discurso contestatario elaborado desde el interior de la concepción teórico-política de la que el otro, el oficial, se adueña. Tal será un sentido del texto: el enfrentamiento con las concepciones inclusivistas y los referentes ideológicos del discurso populista, no desde su periferia, sino desde su interior, con toda la dificultad que de ello se desprende.

Esto se confirma, de alguna manera, en la tercera y última parte del libro, en que el grupo de periodistas leales al director se divide, los menos regresando a *Excelsior*, los más optando por formar un nuevo periódico, *Unomásuno*, o por continuar con Scherer en la publicación de un nuevo semanario: *Proceso*. En el interim Leñero observa que el clima de represión a la prensa ha disminuido y que las relaciones con el presidente electo aparecen como inmejorables. El autor no está interesado entonces en construir un argumento en que el discurso demagógico del poder se fragmenta frente a los hechos materiales o “la poderosa irrupción de lo social” sino que, por el contrario, implica que un mero relevo presidencial es suficiente para modificar el clima de libertades civiles y políticas: “[n]ada podía ofrecernos el presidente electo en lo que restaba del mes, pero a partir del primero de diciembre nos garantizaba absoluta libertad para la revista [*Proceso*], absoluta, repitió [...] todos reaccionaron como si las simpatías del mandatario hacia nuestra publicación disolvieran de golpe las amenazas. El optimismo era unánime” (Leñero 311). La política es así comprimida a lo particular, al enfrentamiento personalista en las cúpulas del poder, de la misma manera que “los periodistas” del título son un grupo específico, los protagonistas de la novela, más no el gremio o la prensa en general. La narración será entonces de natu-

raleza “heroica,” siguiendo el modelo dominante de una historia política, más que social o cultural, rozando problemas conceptuales que soslaya en pos de la crónica personal de los acontecimientos.

## El régimen echeverrista y el discurso contestatario

La atención al *affaire* del periódico *Excelsior* no es gratuita, dado que uno de los discursos que más contribuyen a la construcción de lo contestatario es el periodístico. No se trata de aquél que sostiene una supuesta neutralidad y objetividad ahí donde la sociedad civil está en realidad atrofiada, sino de un periodismo crítico que representa los alcances de las libertades de la sociedad civil, aún desde sus muy particulares limitaciones, la red de sus propios intereses, los mecanismos de censura y la doble presión gubernamental y del sector privado. En ese sentido, la prensa es expresión de las libertades civiles y, por lo tanto, columna de la sociedad civil, siendo recíprocamente vehículo de los discursos que la definen como un espacio en donde se manifiestan las garantías individuales y colectivas de toda sociedad democrática, de los derechos humanos a la libertad de prensa. Por ello, no ha sido casual en la historia del periodismo mexicano la confluencia que se da en él de profesores e intelectuales suplementando sus ingresos, con políticos que emplean el periódico como tribuna. Desde la ideología liberal decimonónica, la prensa se ha autopresentado como la mediadora entre la opinión pública y las esferas gubernamentales, dando por sentado el presupuesto metodológico de la separación y, en momentos de profundo conflicto, contraposición del Estado con la sociedad. No obstante, esencializar una sociedad civil en abstracto, niega lo que Jesús Martín-Barbero acertadamente

describe como “su naturaleza contradictoria” (62).

En otros ámbitos de la producción cultural, y en estrecha relación con el discurso periodístico y su agencia cultural, cierta literatura con una explícita tematización de “lo político”—razón por la cual me he referido a ella con el término *narrativas políticas* en un trabajo anterior<sup>8</sup>—ficcionalizan el conflicto Estado y sociedad o, más adecuadamente, entre gobierno y sociedad. Las *narrativas políticas* comprenden una serie de prácticas textuales, de la otrora llamada literatura de denuncia o protesta, al testimonio y la novela política. Las narrativas políticas sostienen en su mayor parte una división artificial de la sociedad. Periodismo y narrativa política son, pues, importantes generadores y vehículos del discurso contestatario que construye y difunde la noción de “sociedad civil.” El texto de Leñero pasa de un discurso al otro o de un ámbito al otro. Sitúandose al fin en una zona de indefinición entre lo ficcional y lo no-ficcional y entre varios géneros discursivos: el reportaje, la crónica periodística, el testimonio y, con una indudable ambigüedad, la novela. De ahí que la conformación de su escritura sea triple: parte memoria personal, parte periodismo investigativo y, en tanto denuncia, acto de servicio público. Hay en él una subyacente estrategia comunicativa hacia el lector informado, siendo uno de sus presupuestos básicos, la necesidad de “fingir” (ficcionalizar) en un doble sentido: *Los periodistas* es la novela auto-referencial de los periodistas que, al serlo, se trueca en testimonio o crónica del golpe al periódico. Su inscripción crítica, así como su localización cultural, acaba siendo múltiple.

El affair del *Excelsior* tiene todos los ingredientes de las intrigas políticas en las cúpulas del poder, pero en su análisis se revela algo más que eso. Expone el enfrentamiento

entre el gobierno del presidente Echeverría y el llamado “cuarto poder.” Este no va a llevarse a cabo de la manera consabida en Latinoamérica, en la que los brazos ejecutores del Estado “denunciado y ofendido” directamente clausuran y aprisionan a los periodistas, sino entre telones, en un juego de apariencias, simbologías políticas y manipulaciones. Los declarados defensores de la sociedad civil ante el gobierno, los periodistas encabezados por el director Julio Scherer, son confrontados no por las fuerzas represoras, sino por supuestos grupos de la propia sociedad civil. Se trataba de cooperativistas y trabajadores técnicos del mismo periódico, por un lado, y campesinos instrumentados por el gobierno, por el otro, los cuales van a implementar la táctica simulada de rebelarse frente a “los abusos” de los periodistas, intentando con ello despojarlos de su aura liberal y moral. El montaje de esta doble estrategia de presión ocurrió sólo al final del periodo echeverrista, cuando el gobierno se encontraba ya enfrascado en una serie de conflictos de repercusión nacional. Durante los cinco años precedentes, el gobierno “había tolerado” los ataques frontales a su política, aparentemente obligado por la necesidad de proyectar una actitud democrática y tolerante acorde con la política presidencial de apertura y diálogo. En ese sentido, *Excelsior* era su más visible y problemático “botón de muestra.”

Tal política fue una de las estrategias que el régimen echeverrista eligió para establecer una diferencia tajante con la conservadora administración del presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964-70). Política que dentro de la llamada “teoría del péndulo,” desarrollada por algunos politólogos para explicar los mecanismos de estabilidad del sistema político mexicano,<sup>9</sup> buscaba entronizar entonces con el régimen más reformista del periodo pos-revolucionario, el de Lázaro Cárdenas (1934-

40). Resulta ahora evidente que tal política de apertura fue implementada para desactivar inconformidades sociales que se habían manifestado con intensidad en el movimiento estudiantil del 68, pero las cuales habían ido acumulándose a través de toda esa década, como podrían evidenciar las protestas y demandas del sector ferrocarrilero, magisterial, médico y estudiantil. Al asumir la presidencia y no poder atacar de raíz las causas (políticas y económicas) de la inconformidad en el corto plazo, el gobierno optó por canalizarla por rutas que no alteraran la estabilidad social afectando, sin embargo, intereses del sector privado. Echeverría intentó establecer alianzas a nivel de base con grupos inconformes, alentando en un principio el activismo obrero y campesino como una estrategia política hacia la recuperación para su gobierno de una posición de líder de los movimientos sociales, lo cual ejemplifica aquella célebre frase de Antonio Carlos de Andrada: "hacemos (el gobierno) la revolución antes de que el pueblo la haga." No obstante, a lo largo del sexenio, el proyecto presidencial de reforma social apoyado en una coalición multiclase fallaría en repetidas ocasiones, en medio de conflictos tanto con la clase empresarial como con diferentes grupos políticos y de trabajadores, en los cuales se produjeron abiertas maniobras de resistencia laboral y de sabotaje económico por parte del sector privado. La administración concluyó su periodo en un clima de hostilidad que llegó a provocar campañas de rumores sobre una probable caída del gobierno, a semejanza del caso chileno, y de una grave crisis de confianza que recorrió todo el edificio social.

El intento echeverrista de reproducir la experiencia cardenista quedó lejos de concretarse. Evidentemente, las condiciones sociales ya no fueron las mismas que a fines de los treinta propiciaron el fortalecimiento

del Estado a través de importantes alianzas de cúpula y de base social. En su análisis del periodo, Jorge Basurto destaca algunos factores de crecimiento social que establecieron una diferencia crucial entre ambas administraciones. En primer lugar, el crecimiento continuado de las clases medias desde 1940 que, si bien eran una prueba fehaciente del desarrollo económico del país, habían sido poco atendidas durante años y bajo el echeverrismo fueron asediadas por presiones económicas (una inusual alta inflación, por ejemplo), además de que ya no se identificaban en términos ideológicos con los valores de un nacionalismo indigenista y rural. En segundo lugar, el crecimiento de una burocracia e, inevitablemente, una corrupción estatal que motivó un fuerte resentimiento por parte de otros sectores de la población. Y, en tercer lugar, el crecimiento del poder económico del sector privado; crecimiento que fue determinante para restarle al gobierno autonomía y capacidad de control (Basurto 106-08).

Ahora bien, a nivel de comunicación social y discurso público, en el espacio en que se relaciona el lenguaje y su discurso con la acción social, uno de los nódulos del discurso político, la política echeverrista de apertura y diálogo tuvo un doble fondo. Hacia el exterior, su discurso populista rebasó los límites del nacionalismo para adentrarse en terrenos de un tercermundismo a favor de las causas de los oprimidos del mundo, lo cual no estuvo exento de controversias internacionales, como en la cuestión palestina que motivó un costoso boicot turístico norteamericano a México. Tal discurso progresista y solidario contrastaba, empero, con la represión interna a grupos y organizaciones de izquierda, la persecución, más que la negociación, a grupos de guerrilla urbana y la campaña anti-subversiva en la sierra de Guerrero. Asimismo, ese populismo de inusual retórica izquierdista para la norma

del PRI, se ganó la animadversión de la fuerte comunidad empresarial y grupos conservadores en el país. Como ha ocurrido en otros casos de populismo en América Latina, la intensa producción discursiva no resultó suficiente para materializar el cambio social esperado y estableció una brecha entre el contenido del discurso oficial y las condiciones y efecto de la práctica gubernamental. Para muchos grupos del sector privado, en cambio, el discurso oficial, calificado como radical, fue asumido como el origen de una política interna conflictiva.

En este contexto de una opinión pública adversa, el tono crítico que *Excelsior* había desarrollado a lo largo de la dirigencia de Scherer fue tomado por el gobierno como afrenta personal al presidente lo cual, dentro de un sistema presidencialista como el mexicano, adquiriría visos de gravedad. En su análisis del “estilo echeverrista de gobernar,” el historiador Daniel Cosío Villegas no sólo enlista, sino que enfatiza “el factor personalidad” como una de las claves interpretativas del sistema político mexicano.<sup>10</sup> Esta concepción será también determinante para el modelo narrativo optado por Leñero: la novela del poder. Su texto prescinde en gran medida de una reflexión acerca del sistema y su dinámica para enfocar los actores y su drama personal, en particular, el del propio autor como testimoniante. Basándose en su experiencia personal y en la del grupo de colaboradores de Scherer, así como en las interpretaciones ofrecidas por corresponsales extranjeros, Leñero atribuye al gobierno del presidente Echeverría el montaje de una doble estrategia de presión contra el periódico. Muy a modo con el populismo del partido oficial ésta contaba, como se ha mencionado anteriormente, con dos frentes populares: el campesino y el obrero. Por un lado, un grupo de ejidatarios que, reclamando una supuesta ile-

galidad en la compra de unos terrenos para la cooperativa *Excelsior*,<sup>11</sup> demandó al periódico contando con la parcialidad de la Secretaría de Gobernación. En la novela, transformada en reportaje investigativo, se desenmascara al supuesto grupo de ejidatarios como “paracaidistas” transportados *ex-profeso* hasta en vehículos oficiales:

De cien paracaidistas iniciales el número llegó a más de mil: arribaban en camiones de redilas, en autobuses de pasajeros de ‘los llamados delfines,’ en autos de lujo cuyas placas registraban los reporteros: Ford D-2728 del servicio público federal, Dodge coronet KDE-152, automóvil rojo (‘se me peló la marca’) PLS-2752; construían baracas o incluso casas sólidas de tabique y techos de concreto con materiales hurtados a las edificaciones o traídos en camiones de Materiales Morán o de la secretaría del Patrimonio Nacional (‘los descubrimos sacamos fotos’); recibían despensas de la CONASUPO (‘también tenemos fotos’), pero se negaban a hacer declaraciones a los reporteros de *Excelsior*. (Leñero 152)

Por otro lado, un grupo mayoritario de cooperativistas que en amañadas elecciones internas desplaza a la directiva del periódico. Como evidencian estos hechos, y al contrario de la mayoría de los periódicos latinoamericanos, *Excelsior* no era propiedad de una familia sino de los trabajadores miembros de la cooperativa. La “pinza” de presión política simula así una “escena comunicativa”<sup>12</sup> en la que dos actores del sector popular reclaman la protección del Estado debido a supuestos conflictos con la élite intelectual. La escena comunicativa es descifrable dentro de una simbología populista: frente al “despojo” de tierras (el referente ideológico máspreciado de la revo-

lución mexicana) y el “mandarinismo” intelectual como imposición a los trabajadores (los cooperativistas de *Excelsior*) se interpone el papel de mediador y protector de las clases populares del Estado (gobierno). Escena en que se representa el ideal de la sociedad populista, en la cual el gobierno funciona como la fuente primordial de repartición de la justicia social.

Volveré más adelante sobre las implicaciones sociales de esta simbología política; por el momento señalo que a través de ella se reproduce el gesto inclusivista del discurso populista al personificar los conflictos sociales mediante su simplificación. Este proceso puede comprenderse, asimismo, en analogía con los procesos de centralización de la heterogeneidad social en el análisis del discurso bajtiniano (Bakhtin 271). En consecuencia, el “nosotros” enunciativo del discurso populista se dilata de la manera más arbitraria, para que el “ellos” constituya siempre un referente minoritario. Sujeto enunciativo que en otras aplicaciones será equivalente al sujeto “nacional,” constructo que armoniza el tejido social y omite los conflictos sociales.<sup>13</sup> Dado que los significados del discurso político, así sea a nivel puramente teórico o retórico, se convierten en una zona de disputa, la inclusividad del discurso populista presenta un desafío retórico al discurso opositor pues, al apropiarse de las reivindicaciones sociales antiéticas como estrategia discursiva, provoca que en la semiótica política el discurso de aquél sea desplazado hacia una posición más extrema. Tal vez en ninguna otra actividad intelectual, como en la política, la semántica se halle transparentada por una estrecha asociación a una ética y una pragmática, la cual comporta toda una dimensión de acción o ingerencia sobre la realidad. No hay discurso político que no implique una acción, ni siquiera el de la resistencia pasiva; el rompi-

miento significa ofrecer una alternativa extrema. Enfrentado al populismo oficial, el discurso contestatario requiere de librar una batalla semántica para darle prioridad a los contenidos y la construcción retórica de la sociedad civil.

Por tal razón, en ámbitos de la producción cultural, dicho discurso se radicaliza cuando no puede presentar una oposición discursiva efectiva al discurso populista con una retórica de izquierda, al ver usurpados su lenguaje y sus referentes. Para el discurso contestatario, entonces, la forma que adquiere esa disputa no lo será tanto por matices conceptuales sino, de manera franca, por esencias regidas por oposiciones binarias: la verdad o la falsedad, la legitimidad o la ilegitimidad. De ahí que requiera de una contra-retórica apuntalada por toda una dimensión ética de la escritura y una dimensión representacional del lenguaje, pues la alternativa al discurso oficial no es solamente un problema de legitimidad sino de “representación de lo real.” Una de sus metas será entonces producir un discurso de lo “real,” además de deslegitimar aquél al señalar tanto las causas omitidas del conflicto social, como la distorsión o encubrimiento de la verdad.

## Periodismo y representación de lo real

Esta tendencia ideológica del discurso contestatario se halla doblemente articulada en *Los periodistas* por la mediación del periodismo, como un discurso productor de lo “real,” y por la presentación de una versión contestataria del golpe al *Excelsior*. Frente al discurso democrático de un gobierno con una praxis política distante de aquél, los grupos de oposición y los intelectuales interesados en desconstruir esos significados se involucran en problemas retóricos. En las sociedades

latinoamericanas herederas del liberalismo, esa batalla de los significados políticos se libra sobre todo en el periodismo, en sus modalidades de reportaje investigativo, en la nota de denuncia o en las columnas de opinión o las editoriales, ahí en donde la amenaza, la censura o los intereses no han impedido la expresión de la disidencia.<sup>14</sup> En el afán de proveer una representación fidedigna de la “realidad,” el periodismo crítico supedita sus estrategias representacionales a una retórica que da prioridad a la función argumentativa de algunos contenidos políticos que desafían la representación provista por las esferas legales y judiciales. En el discurso contestatario, la representación de una sociedad civil reprimida y de un “Estado” cuestionado, debido a su cooptación por un gobierno aliado a las oligarquías locales y empresas transnacionales, es comparable en el libro de Leñero a la de un periodismo enfrentado discursiva, política y materialmente contra la maquinaria del gobierno por la defensa de la libre expresión. *Los periodistas* representa un límite del discurso contestatario enfrentado con los problemas de “representación de lo real.” No podía ser de otro modo pues, como piensa Martín-Barbero, hay toda una concepción de lo político que entiende el poder como producción de verdad, inteligibilidad y legitimidad (67). El “simulacro” de la sociedad y de las demandas de justicia social frente a un texto que aspira a contrarrestar la simulación y producir la verdad por su antítesis ficcional: la novela. Un texto que en la misma medida niega ambiguamente el medio de transmisión de la información y la significación del simulacro de lo real: el periodismo. Tal inversión retórica plantea alejarse del periodismo para producir lo “real” por oposición a él en la forma novela.

A pesar de su ambivalente énfasis en su carácter novelesco, *Los periodistas* sigue una

lógica periodística en su interés de producir información: la del episodio que ejemplifica “los enfrentamientos entre el gobierno y la prensa” (Leñero 9); dentro de ciertos parámetros de organización y elaboración: “con rigor textual a los acontecimientos [para] apoyar con documentos las peripecias del asunto porque toda la argumentación testimonial y novelística depende en grado sumo de los hechos verdaderos, de los comportamientos individuales y grupales y de los documentos mismos” (9); así como de difusión: “[que] sólo apela a la complicidad de los lectores” (9). El autor anticipa los efectos de dicha información: “Inútil pedir disculpas a quienes se consideren maltratados o malcomprendidos [o] contra quienes se apunten las denuncias” (9). Como otros textos contestatarios la acción comunicativa clave es la denuncia: el “ansia” de rebase del ámbito literario y la ingerencia en ámbitos con una influencia más directa sobre la realidad, tal como sería el de la esfera legal. Producir información y diseminarla, ofrecer esa otra versión, la verdadera, es parte del propósito de la obra. Sin embargo, como “lo verdadero” es una de las prerrogativas del discurso oficial, Leñero ironiza su versión al “ficcionalizarla,” es decir, novelizarla, como una de las “tretas del débil.” En su introducción, Leñero enfatiza su supuesto carácter novelesco: “[e]l episodio, aislado pero elocuente ejemplo de los enfrentamientos entre el gobierno y la prensa en un régimen político como el mexicano, es el tema de esta novela. Subrayo desde un principio el término: novela” (9). Es una novela, pues, con vida doble y con una doble estrategia retórica. El autor enmarca el contenido testimonial de *Los periodistas* dentro de un género ficcional negando y, a la vez, protegiendo su documentalidad, según se ha citado líneas arriba.<sup>15</sup> Poder y sentido se asocian así, estableciéndose una liga entre información y significación.

De hecho, mucha de la singularidad de esta obra proviene de las características discursivas que el texto despliega, entre fronteras genéricas y prácticas textuales, amplificadas por su inserción en una coyuntura histórica muy específica y por una concienzuda toma de posición del autor: como personaje y como testimoniante. Por ello el texto propone, entre su retórica y sus alcances como objeto cultural, una representación política y un discurso contestatario que incidan en los hechos que describe. En ese sentido, la novelista Silvia Molina le reconoce nada menos que ser iniciadora de la nueva novela histórica y política en México: “[t]al vez la novela que rompe de una manera nítida con la tradición literaria” (57). Evidentemente, definir la lectura que un texto propone como “política” o “histórica,” en el contexto cultural y político de los años setenta y ochenta es muy diferente del horizonte cultural de los noventa en que una lectura más “posmoderna,” más escéptica y relativa, cuestiona la documentalidad testimoniante de los textos. En efecto, en contraste con el supuesto de la potencialidad de una ingerencia indirecta sobre la realidad, más fuertemente marcado en el caso del testimonio o cierta novela política, la “nueva novela histórica,” según Seymour Menton se caracteriza por una estrategia paródica y escéptica, inclusiva y desestabilizadora, intertextual y mucho más autoreflexiva que las exigencias referenciales de aquéllas (20-33).

Cabe destacar, en este punto, que *Los periodistas* captura de manera notable el conflicto interno que se gesta dentro del paradigma documentalista de la literatura mexicana. Sobre todo a partir de la publicación de los testimonios del 68, dicha literatura volvería a cobrar conciencia de un cierto ancilarismo olvidado en la experiencia local del *nouveau roman* y la novela experimental o también

llamada “del lenguaje.” Pero el resultado sería más el de la elaboración de un discurso contestatario dentro del discurso literario, que el del retorno al paradigma literario dentro del cual se había ficcionalizado el fortalecimiento del Estado posrevolucionario frente a conflictos divisorios de la sociedad civil mexicana (la Cristiada, por ejemplo). Dicho paradigma prefiguraba o reafirmaba “el discurso literario como un dispositivo rector del Estado” al ofrecer modelos de identificación ciudadana (Ramos 432). Los temas implícitos del nuevo modelo contestatario serán con frecuencia aquéllos que definen la representación política: la legitimación y el consenso social, así como el arbitrio y el juicio moral. Intentan influir en la opinión pública, o al menos en el público lector, con los recursos de los propios medios de comunicación. Se constituyen, entonces, en heterodiscursos que apuntan a la esfera política y a las construcciones históricas del discurso oficial y sus mitologías, transitando por los canales elásticos y porosos del discurso literario. En el caso de *Los periodistas*, este proceso se acentúa al transitar el texto a lo largo de los límites entre los procesos legal y judicial y el discurso literario. De hecho, en la sección subtitulada “Interrogatorio,” el autor reproduce fragmentos de la transcripción de su supuesto descargo legal en las oficinas del ministerio público:

—¿Suponía usted que Julio Scherer García lo enlistaba entre los incorruptos?

—Sinceramente sí.

—¿Recibió alguna vez ofrecimientos monetarios de funcionarios del sector público para variar sus criterios personales como director de Revista de Revistas o como articulista de *Excelsior*?

—En una ocasión me ofrecieron una suma considerable de dinero, que no

acepté, pero fue en relación con un asunto teatral, nunca por asuntos periodísticos.

—Dinero no, ya lo dije, además nunca me lo ofrecieron; solamente obsequios varios en navidad o en mi onomástico. Mi nombre se hallaba inscrito en las listas de algunas dependencias gubernamentales, supongo, y automáticamente me llegaban las tradicionales canastas con vinos y conservas, algunos libros, un par de cuadros, objetos ornamentales, la rosca del día de Reyes, el pan de muerto. En comparación con otros colegas no eran muchas las canastas que yo recibía en Navidad. (Leñero 76)

El énfasis en las cualidades morales propias frente a la corrupción del medio fomentado por el gobierno equivale a denuncia tanto como a acusación: lo legal o penal se filtra en lo literario. Sin embargo, como en la mayoría de los textos con ese grado de combinación discursiva, es el discurso literario el que predomina: la acción comunicativa no se traduce en acción social ni política. Fuera de su conformación como texto literario y objeto de consumo (casi suntuario en el México de la crisis), conviene sondear en su propio discurso qué determina esa neutralización.

En su interés por producir significado, no solamente ofrecer una información, sino enmarcarla y dotarla de juicios personales y valores, el relato en primera persona de *Los periodistas* guarda estrechas semejanzas con el discurso testimonial. Pero ese discurso de lo "real" en el texto, apoyado no sólo en una directa transposición de los documentos (orales y escritos), articula la subjetividad del narrador atento al reporte de sus acciones personales, más que en un grado cero periodístico, en una forma casi minimalista. Tal

registro es contrapunteado por un código literario asociado a lo "irreal," y metonímicamente con lo falso y la mentira, en que los patrones de representación se ablandan y producen la distorsión grotesca y caricaturesca de hechos y personajes. Las primeras ocho ediciones de la novela vienen inclusive acompañadas de una farsa en un acto (capítulo siete), "Los inos," que expone este registro de manera hiperbólica.<sup>16</sup> En la escena final, articulada por una imaginiería cuasi-surrealista, los inos, sobrenombre que relaciona el sufijo de los nombres propios de los líderes del grupo cooperativista rival: Regino, Juventino, Bernardino, etc., terminan materialmente inundados por sus propias heces. El interjuego o contraste entre ambos códigos produce una decidida estructura dual que, por sus implicaciones éticas, otorga al texto una representación maníquea que limita, en lugar de consolidar, su proyectado efecto testimonial.

Este dualismo maníqueo recorre asimismo su construcción del consenso y la legitimidad. En la paradoja del discurso contestatario, su resistencia a los contenidos del discurso oficial lo condena a menudo a constituirse en un contradiscurso que imita especularmente el gesto totalizador del discurso oficial. Como éste, imagina una perfecta representación de la sociedad civil en su discurso: "[...] hemos de imaginar y expresar el proyecto de la nación en que los mexicanos vivan a plenitud, sin opresiones, participantes, desearnajados. Recordemos que toda historia fue antes una utopía" (Leñero 259). Esta sociedad civil en *Los periodistas* es la definida por el ideario liberal en los derechos inalienables de las sociedades democráticas: las libertades tripartitas de expresión, prensa y derecho a la información, el cual por cierto no se legisla en México, sino hasta después del *affaire* del Excélsior. La estrategia echeverrista fue precisamente socavar esa posición, no sólo a través

de la simbología del populismo sino, sobre todo, del énfasis en el supuesto enajenamiento de los intelectuales de las verdaderas fuerzas sociales: los campesinos y los trabajadores. En ese sentido, el enfrentamiento se puede traducir ideológicamente como una radical oposición entre los conceptos de *libertad de prensa* y de *justicia social*.

Esta falsa disputa que polariza el derecho de libertad de expresión y prensa libre contra la mistificación de la justicia social es también captada por Jean Franco:

[...] the novel appears to set the demand for free expression against the demand (however manipulated) for social justice and thus unwittingly reproduces the very conditions which allow the state to manipulate so effectively. (55)

Una dicotomía equívoca que el texto falla en desconstruir efectivamente debido en parte a su propia estructura dual, la cual reafirma la confrontación entre el grupo de periodistas honestos y la auto-calificada "indiada" de los trabajadores de la cooperativa:

Se soltó la gritería. Mientras voceábamos los nombres de nuestros cinco candidatos *los ensombrenados* gritaban su lista [...] El nombre de Castellero alborotó a muchos *ensombrenados* que lo recordaban como uno de los suyos [...]

—Somos más, somos más—juraron Hero Rodríguez Neumann e Ignacio Solares barriendo la mirada por el salón, pero Regino Díaz Redondo decidió que la mayoría había elegido a Jorge Castellero. No. No. No. No.

Sonriente subió Castellero al estrado en el momento en que Ricardo Perete, con *un gesto de simio*, saltó a la

tarima y *como si resorteara en la rama de un árbol* comenzó a agitar a derecha e izquierda su *sombrero de palma* para dirigir el grito: ¡La *indiada* ya votó! ¡La *indiada* ya votó! ¡La *indiada* ya votó! Imposible olvidar a Ricardo Perete congestionado por su júbilo miserable. Era una *araña* multiplicando extremidades y arrojando su vómito: La *indiada* ya votó. (Leñero 216-17, el énfasis es mío)

El uso de simbologías y de epítetos étnicos y clasistas se "performa" en esa junta, en que el grupo opositor a la directiva iba ataviado con sombreros de paja como para remarcar, en un juego de apariencias, su extracción popular, su legitimidad social frente a la élite intelectual de saco y corbata. Simbología muy a tono con el populismo echeverrista en que las guayaberas, los equipales y las aguas frescas son alternativas a los productos que la colonización imperialista del estilo y del consumo les otorga un signo de status, simplemente por su origen extranjero, principalmente europeo o norteamericano.

## Los intelectuales y el oscuro referente del populismo

En el fondo, la defensa de la libertad de expresión y de prensa en *Los periodistas* tiene una continuidad histórica en la sociedad mexicana. Puede rastrearse su nacimiento en el contexto decimonónico, en la lucha de los liberales del 57. En los debates entre liberales y conservadores, en la confrontación de intereses que provocó una inestabilidad política por más de medio siglo, aparecía de manera clara la exposición de la defensa de las garantías individuales. La transformación de la conciencia y las formas de pensar del gobierno como una institución representante del "pueblo" y no como una forma detentadora

de un poder político centralizado de indudable origen monárquico fue lenta y costosa. La historia de las guerras de Reforma, tal vez el más encarnizado conflicto civil en la historia del país, da cuenta de ese proceso. La naciente clase media y el grupo de intelectuales asociado a sus intereses, compuesto éste, por vez primera, por un buen número de intelectuales de origen mestizo o indígena, intentaban desplazar a la antigua élite criolla. El grupo alrededor de Juárez y Ocampo estaba convencido de que la lucha por los derechos del individuo era un prerrequisito para el progreso material del país y, puede añadirse, para asegurar a esa nueva clase una participación política y económica mayor. Este surgimiento de una conciencia de clase estaba ligada a las condiciones del reconocimiento de una conciencia individual en la sociedad y de unos intereses asociados a ella. Tales intereses en combate contra la oligarquía de terratenientes, ejército y clero dicotomizaba la sociedad en dos sectores: una minoría detentadora de la riqueza económica y de los privilegios de clase, frente a una mayoría de origen popular.

El concepto de "pueblo" adquiere en dicho contexto un potencial revolucionario, pues en el discurso liberal se le considera razón y origen del poder político y de sus instituciones. Es inevitable entonces que el concepto de "nación" se ligue de manera orgánica al de "pueblo." Aunque en el pensamiento político europeo, el concepto de *pueblo* sufre posteriormente una completa disolución por parte de la izquierda en el concepto de *clase social*, y por la derecha en el de *masa* (Martín-Barbero 21). Por sus particulares connotaciones en el contexto social y cultural mexicano, el concepto de *pueblo* se sostiene como un referente central de los movimientos reformistas y revolucionarios. En efecto, al identificar en las masas campesinas los orígenes de lo popular, dicho término constituye en realidad una inversión del aristo-

craticismo de corte europeo favorecido por el positivismo porfirista. Sin duda, el reconocimiento de un componente étnico implícito en su significado estableció una diferencia ideológica decisiva. Esa misma acepción liberal y potencial revolucionario es retomado por el ideario de la revolución mexicana y plasmado en la constitución de 1917.

Es sabido que en la lucha política por imponer el ideario liberal, la mayoría de los intelectuales reformistas del 57 tuvo en el periódico la tribuna del debate y el aula del pensamiento filosófico y social; tendencia que se continuó durante la revolución mexicana en sus ideólogos más notables de los Flores Magón a Francisco I. Madero. Los periodistas decimonónicos, gremio hasta entonces compuesto por un heterogéneo sustrato profesional de hombres orquesta: abogados, maestros, políticos y escritores, fueron quienes se constituyeron más que en meros portavoces, en articuladores del liberalismo y las nuevas formas de concebir la vida política y los derechos ciudadanos. En *Los periodistas*, Leñero cita la que sería la última editorial de Granados Chapa en *Excelsior*, en que éste hace una distinción tajante entre su lucha y la de los liberales del 57:

Es la libertad de expresión la que está amenazada. No una libertad al uso del siglo XIX, propia sólo de un puñado de escogidos, sino la de los sectores socialmente disminuidos que en estas páginas encuentran la manifestación de sus carencias, de sus males, de sus aspiraciones. (200)

Granados Chapa está consciente de la dicotomía entre libertad de expresión y justicia social y entre los actores que los representan como clases sociales diferentes, por ello trata de establecer una conexión entre la *libertad de expresión* y la *justicia social*, legitimando con

ello el carácter socio-político y popular de su lucha. Lo que Granados Chapa lleva a cabo es una de las estrategias discursivas fundamentales del discurso contestatario que es la construcción implícita de un consenso social. Por otro lado, tal consenso presenta un problema de concepción, en la reconstrucción imaginada del tejido social y las relaciones Estado-sociedad. Esto es, hay una dificultad epistemológica en dar cuenta de la multiplicidad y permanente dinámica de su objeto, la "sociedad civil," de su heteroglosia, de la necesidad de una multiplicidad de lenguajes históricos y sociales, de la entrada de la dimensión cultural a la concepción política del discurso contestatario. No enfrentar tal dificultad implica el riesgo de caer en la generalización, en el monolito, en la abstracción política. Leñero implica que el gobierno no puede articular los intereses de la sociedad civil, aunque ello obliga a reflexionar sobre si lo pueden hacer los intelectuales en su papel de mediadores. Posicionado en su subjetividad como intelectual, en uno de los momentos claves del texto ("Tercera parte/Proceso"), el autor-testimoniante advierte, al igual que sus compañeros, la ausencia casi total de cobertura informativa del "pinochetazo" al *Excelsior*:

Durante la reunión se habló del silencio cómplice de los diarios colegas, de la entrevista televisada que Regino concedió al noticiero 24 horas y de las firmas con que se empezaba a suplir la planta de comentaristas editoriales. [...] El silencio de la prensa capitalina respecto al golpe contrastaba con la abundancia de notas y cables extranjeros. (227)

Más aún, el relato transmite la sorpresa del autor-narrador ante el desinterés o la falta de solidaridad de aquella sociedad civil que

suponía necesitada de un periodismo crítico y comprometido. En su desconcierto, Leñero bien puede preguntarse dónde está esa sociedad civil informada y deseosa de justicia que salga a la defensa de los periodistas, quienes no sólo la han informado sino educado en la cultura de las libertades y responsabilidades civiles, para que le responda lo que Baudrillard llamaría "el silencio de las mayorías." El problema es apenas oportuno para cuestionar las presuposiciones comunes sobre el referente que desde los ochenta se ha venido a llamar cada vez más "sociedad civil," como superación conceptual del lastre ideológico que conllevan los términos "masas," en su implícita anonimidad y material irrespetuosidad; o "mayorías," presa fácil del oportunismo político; o "pueblo," perpetuo botón de gobierno y clero (¿o es que acaso la creación del pueblo no es un milagro guadalupano, como ironiza Monsiváis?). Según el escepticismo del controvertido pensador francés no hay término apropiado posible para nombrar tal referente.<sup>17</sup> ¿Habría entonces que renunciar a definir siquiera la "sociedad civil" (o su espejismo), a la manera en que alguna escolástica medieval hacía con el concepto negativo de Dios, como algo sin nombre, cualidades o propiedades? La sorpresa de Leñero atestiguaría la implosión de lo social en la masa de que habla Baudrillard, de lo cual se deduce la inercia, la indiferencia y la pasividad de las masas, no tanto por acción del poder, sino por "el modo propio de ser de la masa" (Martín-Barbero 68).

Tal falta de solidaridad o desinterés popular en lo acontecido al periódico *Excelsior*, aún reconociendo la carencia de información oportuna por parte de otros medios noticiosos, provocaría dos interpretaciones opuestas sobre la naturaleza de la sociedad

civil. Una, idealizando su naturaleza, la interpretaría como el efecto nocivo de la represión y de la larga hegemonía política de un grupo que despolitiza al atrofiar las libertades democráticas de las mayorías. En este sentido, la aparente falta de interés político sería estimulada por el propio gobierno. La agencia de la represión radicaría en éste, teniendo como su víctima a la sociedad civil, la cual durante décadas habría sido aplastada por el peso de la maquinaria priísta que, conformada como "Estado," no otorgaría mayores oportunidades al fortalecimiento de la oposición política y los valores de la democracia real. En radical contraste, otra interpretación menos iluminista o romántica, y de hecho menos popular entre los historiadores y científicos sociales, asignaría a la sociedad civil mexicana una cierta agencia en el mantenimiento del *status quo* priísta a través del tiempo. La interrelación de un sistema político corporativizado, un peculiar capitalismo asociado al Estado, una red de prebendas y de diferentes niveles de corrupción, desde bajas exigencias fiscales y de imposición de las leyes a la desestimación del voto, produciría también una cultura política cómplice, en que la sociedad civil sería una extensión del gobierno tanto como su víctima. La estructura piramidal de poder se multiplicaría a través de los diferentes niveles, encontrando siempre, de la administración pública a los núcleos familiares, sus puntos de apoyo, así como sus agentes y víctimas.

Un examen del comportamiento colectivo ante dos de los acontecimientos más traumáticos de la historia reciente de México, las masacres del 68 en Tlatelolco, en que el gobierno de Díaz Ordaz acaba de tajo con las protestas estudiantiles, y la del jueves de corpus en el 71, por parte de grupos paramilitares, fallaría en encontrar en éstos el detonante decisivo de una revuelta social.

Dentro de las premisas sustentatorias del discurso contestatario, toda acción desencadenaría lógicamente una reacción. Así, la violenta agresión gubernamental contra grupos de la sociedad civil debería ser seguida por reacciones de ésta, en tanto unidad orgánica (el "cuerpo social") que se supone que es. Sin embargo, ¿cómo se podría explicar su pasividad? ¿Por la mera desinformación o información tendenciosa? ¿Es que la sociedad civil mexicana en su amorfa totalidad apoyaba al régimen en su represión, en un afán malsano por prolongar la tan celebrada estabilidad social posrevolucionaria? ¿Es que la represión no era general, sino selectiva, apoyada además por todo un efectivo aparato propagandístico que satanizaba a un supuesto enemigo colectivo? ¿Es esa sociedad civil despolitizada y no solidaria la misma cuyo ser han idealizado las teorías sociales, al igual que el discurso y los textos contestatarios? ¿Han puesto éstos demasiado énfasis en la separación entre gobierno (mal llamado en ocasiones Estado) y aquélla, presuponiendo que una hipótesis conflictiva entre ambas instancias explica su comportamiento "real," y que dicho énfasis soslaya sus mutuas instancias de apoyo y complicidad? ¿No era acaso "la sociedad civil" un concepto puro o neutro?

Estos son algunos de los problemas y cuestiones que sugiere una lectura actual del texto de Leñero, inéditos en el sentido de que obligan a replantear las asunciones tradicionales sobre el comportamiento de la sociedad mexicana en las últimas décadas.<sup>18</sup> Cuando los actos solidarios de la población después del terremoto del 85 sorprendió a los observadores políticos y a los intelectuales en general, la interpretación recurrente que se manejó fue la de que la sociedad civil por fin se organizaba fuera de las redes tradicionales del partido-gobierno. Más asumir este punto de vista implicaba que la sociedad del Estado

posrevolucionario había desaparecido, o había sido marginada, o había sido apabullada durante más de sesenta años por el peso de un poder político monopolizado y totalitario que habría orillado al novelista peruano-español, Mario Vargas Llosa, a calificarla como "la dictadura perfecta" en una visita al país a principios de los noventa. Se daba, pues, por sentada la separación entre Estado y sociedad, así como el conflicto consustancial a su relación, en la cual la sociedad civil era personificada con ciertos atributos no muy lejanos del buen salvaje de Rousseau en su pureza, inocencia y desinterés natural. Su estudio quedaba eclipsado por importantes trabajos históricos que priorizan el modelo *político* más que *social* de la historia mexicana, de Roderic A. Camp y sus estudios de las élites, a George Philip y su análisis de la presidencia, a Enrique Krauze y sus novelizaciones del poder, a John Womack Jr. y su biografía de Zapata, a los de innumerables estudios carismáticos de los líderes revolucionarios en los cuales el foco permanece principalmente en las élites del poder y en los protagonistas de la historia, dejando en la sombra de las presuposiciones el comportamiento y pensamiento de los diferentes grupos sociales. Trabajos que por su difusión cultural opacan con frecuencia los, en ocasiones, monumentales estudios históricos sobre las masas campesinas y obreras participantes en la revolución mexicana y los periodos subsiguientes. No resulta entonces una mera exageración señalar que la regla paradójica de la narración histórica de los movimientos sociales haya sido aquella que concibe a los líderes como el *sujeto de la historia*. En esta misma dirección se puede mencionar la influencia que ha tenido el modelo de las comunidades imaginadas de Benedict Anderson sobre el estudio reciente del nacionalismo mexicano. Para Anderson, el discurso del nacionalismo (en particular, el escrito) se impone siempre en un sentido ver-

tical, de la superestructura a la estructura (en términos althusserianos) o de la hegemonía a los subordinados (en términos gramscianos). En contraste con esta perspectiva dominante, puede afirmarse que no se ha trabajado con la misma intensidad o frecuencia desde un punto de vista más social o cultural, o desde la perspectiva de los estudios de la subalternidad. Por ejemplo, ante el estudio de la dimensión productora de discursos y significados sociales por parte de las oligarquías, apenas comienza a vislumbrarse una perspectiva alternativa que permita analizar la dimensión receptiva del discurso oficial y los procesos activos de resistencia y asimilación selectiva, los cuales parecen ser un campo idóneo para los actuales estudios subalternos en Latinoamérica.

Cuestionando entonces ese paradigma social *top-bottom*, y el modelo de historia política (carismática) desarrollado en *Los periodistas*, es como podemos concebir una posible interpretación cultural al desconocimiento y sorpresa que Leñero experimenta inicialmente ante la falta de solidaridad de la sociedad civil. En la tercera parte del libro, en que el autor-testimoniante narra lo acontecido en los meses siguientes al golpe al periódico, se constata un proceso paulatino de reconocimiento y, a la vez, autoreconocimiento. Leñero parece encontrar los eventos que le restituyen la confianza en su comprensión de los comportamientos de la sociedad civil, la cual se halla invariablemente representada por otros medios de comunicación y el sector estudiantil:

El silencio de la prensa nacional no fue absoluto. Débiles sonaron las voces en defensa de Julio Scherer en los diarios de provincia, pero estruendoso resultó el cañoneo del semanario *Siempre* cuyos principales articulistas emprendieron a fines de julio y principios de agosto, una gran embestida de reprobación al atentado de Ex-

célsior. [...] El clamor se extendió luego a otros medios. El comic semanal *Los agachados*, de la editorial Posada, publicó un número extraordinario titulado *Pinochetazo a Excélsior* y vendió en un santiamén ciento cincuenta mil ejemplares. [...] Siguiendo el ejemplo de la UNAM, alumnos de la Universidad Iberoamericana organizaron una mesa redonda en la que participaron Enrique Maza, Froylán López Narváz, Dolores Cordero y yo. Algunos meses más tarde, en septiembre, me tocó acompañar a Julio Scherer a la unidad Xochimilco de la Universidad Autónoma Metropolitana donde en un auditorio repleto Scherer sostuvo una conversación con los estudiantes. [...] Recibimos con júbilo los artículos de *Siempre* y Julio Scherer propuso visitar a su director José Pagés Llergo para agradecerle personalmente su manifiesta solidaridad. [...] Pagés no se limitó a repartir abrazos entre el grupo de damnificados, al enterarse de nuestros planes periodísticos [la fundación de un semanario] nos ofreció gratis las nuevas oficinas de su semanario situadas en un edificio de siete pisos en la esquina de Chapultepec y Dinamarca. (272)

Es en este momento de reconocimiento en que la integridad del intelectual se solidifica. En estas escasas pero significativas muestras de solidaridad,<sup>19</sup> Leñero reafirma su concepción social, la justificación de su lucha personal por la democracia y la defensa de la libertad de prensa, como epítome de las libertades de la sociedad civil y, por añadidura, su propia concepción del rol del intelectual frente a la sociedad. Sin embargo, la sociedad civil así representada por la tríada periodistas-escritores-estudiantes, permanece eclipsada. “Los periodistas” del título encontrarían en esa tríada, la categoría inclusiva, “los inte-

lectuales,” que de manera equivalente representaría su posición frente al resto de la sociedad. El modelo ideal de Estado y sociedad que subyace a *Los periodistas*, como a otros textos contestatarios, no parece entonces abandonar el terreno de lo hipotético. Más aún, la sorpresa de Leñero puede ser generalmente compartida, a sabiendas de que la realidad social no responde como se espera y traiciona refractando los referentes comunes, como Baudrillard nos recuerda provocativamente. De ahí que la literatura que tematiza lo político en sus diversas manifestaciones, abordando el espinoso tema del enfrentamiento Estado-sociedad, Estado-individuo, Estado-grupos específicos, pueda sólo ofrecer un consuelo intelectual en la simbolización de algo que siempre será menos romántico, luminoso y predecible.

## Notas

<sup>1</sup> En ese sentido hay toda una bibliografía reciente sobre el concepto de sociedad civil en el contexto latinoamericano, como la expuesta en libros como *Organizing Civil Society. The Popular Sectors and the Struggle for Democracy in Chile* (1995) de Philip D. Oxhorn; *Voces de paz: propuestas de hombres y mujeres Colombia, 1994-1996* (1996) del Centro de Investigación y Educación Popular; *Organizing Dissent* (1996) de María Lorena Cook; *Supporting Civil Society: The Political Role of Non-Governmental Organizations in Central America* (1997) de Laura Macdonald; *Cultures of politics/politics of cultures: re-visioning Latin American social movements* (1998) editado por Sonia E. Alvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar.

<sup>2</sup> Si bien es cierto que el discurso contestatario se asocia tradicionalmente con un discurso de izquierda, en realidad el signo ideológico es transferible a uno y otro polo del espectro político. En este trabajo, empero, doy prioridad al término dentro del pensamiento político de izquierda.

<sup>3</sup> Ernesto Laclau, *The Making of Political Identities* (London: Verso, 1994) 2.

<sup>4</sup> Leñero menciona la atención que la prensa internacional le prestó al golpe. La noticia apareció ampliamente comentada en *The New York Times* y *The Washington Post*, así como *Le Monde* sintetizó lo sucedido de la siguiente manera:

El periódico *Excelsior*, el más importante de México y quizá de América Latina, quedó reducido, al menos por el momento, a una sombra de sí mismo. Como resultado de un *putsch* que según fuentes próximas a *Excelsior* fue apoyado por el gobierno, un grupo de disidentes de esa cooperativa destituyó al director Julio Scherer García durante una agitada asamblea general que fue calificada de ilegal por Scherer y sus seguidores. (228)

<sup>5</sup> Término popularizado por la historieta "Los agachados," una revista de divulgación de temas socio-políticos y culturales escrita con un cierto humor satírico. Publicada por la Editorial Posada y con una gran circulación semanal, la historieta a cargo de Eduardo Ríos "Rius" y su equipo dedicó un número especial al golpe dado al periódico *Excelsior*.

<sup>6</sup> En un artículo reciente, el historiador Alan Knight califica de neo-populista el discurso de Luis Echeverría, caracterizado como una reelaboración del discurso populista de Lázaro Cárdenas en los treinta. Su artículo ofrece una rica discusión de las nociones de populismo y neo-populismo en el contexto latinoamericano. Alan Knight, "Populism and Neo-populism in Latin America, especially Mexico" (*Journal of Latin American Studies*, 30, 1998) 232.

<sup>7</sup> En el contexto del análisis de los movimientos sociales posteriores al terremoto de septiembre de 1985, Monsiváis escribe:

El debate se abre. ¿Qué es la sociedad civil, una parte del Estado, la zona de la autonomía ciudadana o el vocablo sociológico que, ante la falta de méritos curriculares del bienamado Pueblo, lo desplaza? Sobre la marcha se aclara la definición, al intensificar el terremoto las posiciones éticas. [...] La participación ciudadana, elemento indispensable del gobierno. A este

esfuerzo la noción de sociedad civil le proporciona un centro unificador. Parte considerable del desastre urbano se debe a la patética desvinculación de grupos, sectores y clases, y a la falta de un idioma común, ajeno al muy atroz del consumismo y de la televisión comercial. El terremoto exige la rápida memorización de un vocabulario técnico (lo relativo al salvamento y a la construcción), y de un vocabulario teórico, al principio centrado en la expresión sociedad civil. (81)

<sup>8</sup> Ignacio Corona, *Después de Tlatelolco: las narrativas políticas en México (1976-1990)*, en prensa.

<sup>9</sup> Ver, por ejemplo, su explicación en George Philip, *The Presidency in Mexican Politics* (London: MacMillan, 1992).

<sup>10</sup> De una manera tajante afirma: "Como en México no funciona la opinión pública, ni los partidos políticos, ni el parlamento, ni los sindicatos, ni la prensa, ni el radio y la televisión, un presidente de la República puede obrar, y obra, tranquilamente de un modo muy personal y aún caprichoso" (Cosío Villegas 9).

<sup>11</sup> La extensa propiedad en Paseos de Tasqueña había sido comprada por la directiva del periódico para facilitar a los trabajadores del periódico la compra de casa-habitación. Según expone Samuel del Villar, una vez que Echeverría autorizó su fraccionamiento en 1973, la propiedad se afectó en fideicomiso, del Villar mismo fue director de 1973 a 1976. Samuel del Villar, "Miserias del periodismo" (*Vuelta* 22, 1978) 48.

<sup>12</sup> Este concepto alude a la personificación de fuerzas políticas o actores sociales en la retórica de la representación política. Su efecto es el de la "teatralización" de una coyuntura o evento político particular (Corona, capítulo segundo).

<sup>13</sup> Un explicación de carácter semiótico de este concepto de sujeto enunciativo puede encontrarse en *Después de Tlatelolco...*, en particular, en los capítulos segundo y tercero.

<sup>14</sup> En esa lucha histórica que se da entre los regímenes latinoamericanos autoritarios y sus críticos de la prensa, la década de los ochenta muestra algunos cambios notables. Aunque aún

se ataca a los críticos con virulencia, se les intimida físicamente o, aún, se les desaparece, y aunque aún hay practicas extendidas de corrupción: "What has changed is the media's determination to uncover malfeasance and to hold government officials accountable to the public. The combat between the press and the political powers is intensifying in Latin America." John Vanden Heuvel and Everette E. Dennis, *Changing Patterns. Latin America's Vital Media* (New York: The Freedom Forum Media Studies Center at Columbia University, 1995) 14-15.

<sup>15</sup> Tal documentalidad es así asumida por la lectura predominante que la novela recibió recién publicada. Un agrio debate aparecido en las páginas de la revista *Vuelta* entre Samuel del Villar y Jorge Ibarguengoitia, ambos ex-colaboradores de *Excelsior*, mostraría hasta qué punto la versión de Leñero serviría como una evidencia escrituraria de lo acontecido en el periódico. Ambos la toman como punto de referencia básico en sus argumentaciones y contra-argumentaciones.

<sup>16</sup> La farsa del capítulo siete fue sustituida por un reportaje "Guerra interna dentro del nuevo *Excelsior*" a partir de la novena edición, cambio que Leñero explica de la siguiente manera: [c]onsideré que este reportaje narraba los mismos acontecimientos contenidos en la farsa, pero con mayor sobriedad. Todo lo demás se conserva idéntico" (10).

<sup>17</sup> Argumenta Baudrillard que [...] the concepts 'class,' 'social relations,' 'power,' 'status,' 'institution'—and 'social' itself—all those too explicit concepts which are the glory of the legitimate sciences, have also only ever been muddled notions themselves, but notions upon which agreement has nevertheless been reached for mysterious ends: those of preserving a certain code of analysis. (4)

<sup>18</sup> Más importante, aún, es comparar el *affaire Excelsior* con el comportamiento de grupos heterogéneos de la sociedad mexicana—en consonancia con los intelectuales progresistas en E.U. y Europa—a raíz de la rebelión zapatista de Chiapas. Y si bien *Los periodistas* implícitamente

resaltan las divisiones sociales y la separación del intelectual del resto de la sociedad, el efecto que al presente han tenido los comunicados del EZLN en la sociedad en general demostraría, entre otras cosas, que la relación Estado-sociedad no es la misma que la existente en 1976; que el manejo de la información fuera de los canales de control gubernamental ha abierto un capítulo inédito en la historia de la comunicación social en México fuera de la órbita de control estatal; y que fuerzas políticas y económicas transnacionales adquieren una influencia decisiva en la política doméstica del país. La pregunta esencial sería entonces: ¿es el clamor solidario del "Todos somos Marcos" en el zócalo de la Cd. de México la respuesta exacta al silencio de las masas frente al golpe al periódico *Excelsior*, es decir, el rescate propio de la identidad colectiva de la sociedad civil y, colateralmente, la demostración de la capacidad de convocatoria del intelectual orgánico en las comunidades, en este caso, indígenas? La historia a desarrollarse dará la respuesta.

<sup>19</sup> Leñero también menciona la carta de protesta y el acto de apoyo de los escritores de la revista *Plural*, dirigida por Octavio Paz y que era otra de las revistas de *Excelsior* (232).

## Obras citadas

- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer. *In the Shadow of the Mexican Revolution*. Austin: U Texas P, 1996.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso Editions/NLB, 1983.
- Bakhtin, Mikhail. *The Dialogic Imagination*. Trans. M. Holquist and C. Emerson. Austin: Texas UP, 1981.
- Basurto, Jorge. "The Late Populism of Luis Echeverría." *Latin American Populism in Comparative Perspective*. Michael L. Conniff, ed. Albuquerque: U New Mexico P, 1982. 93-112.
- Baudrillard, Jean. *In the Shadow of the Silent Majorities*. New York: Columbia UP, 1983.
- Camp, Roderic. *Entrepreneurs and Politics in Twentieth-Century Mexico*. New York: Oxford UP, 1989.
- . *Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico*. Austin: U Texas P, 1985.

- . *The Making of a Government: Political Leaders in Modern Mexico*. Tucson: U Arizona P, 1984.
- Corona, Ignacio. *Después de Tlatelolco: las narrativas políticas en México (1976-1990)*. (en prensa).
- Cosío Villegas, Daniel. *El estilo personal de gobernar*. México: Joaquín Mortiz, 1974.
- del Villar, Samuel. "Miserias del periodismo." *Vuelta* 22, 1978. 47-50.
- Franco, Jean. "The Critique of the Pyramid." *Latin American Fiction Today*. Rose S. Minc, ed. Takoma Park: Hispamérica, 1979. 49-60.
- Ibargüengoitia, Jorge. "Los periodistas" *Vuelta* 21, 1978. 25-28.
- . "Respuestas." *Vuelta* 23, 1978. 34-36.
- Knight, Alan. "Populism and Neo-populism in Latin America, especially Mexico." *Journal of Latin American Studies* 30 (1998): 223-48.
- Krauze, Enrique. *Biografía del poder: caudillos de la Revolución Mexicana, 1910-1940*. Barcelona: Tusquets, 1997.
- . *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1976.
- Laclau, Ernesto. *The Making of Political Identities*. London: Verso, 1994.
- Leñero, Vicente. *Los periodistas*. México: Joaquín Mortiz, 1992.
- Martín-Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y Hegemonía*. México: Ediciones Gili, 1991.
- Menton, Seymour. *Latin America's New Historical Novel*. Austin: University of Texas Press, 1993.
- Molina, Silvia. "Literatura e Historia en México." *Literatura mexicana hoy II: los de fin de siglo*. Ed. Karl Kohut. Frankfurt: Vervuert, 1993. 53-58.
- Monsiváis, Carlos. *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*. México: Ediciones Era, 1987.
- Philip, George. *The Presidency in Mexican Politics*. London: MacMillan, 1992.
- Ramos, Julio. "El proceso de Alberto Mendoza." *Asedios a la heterogeneidad cultural*. Filadelfia: Asociación Internacional de Peruanistas, 1996.
- Vanden Heuvel, Jon and Everette E. Dennis. *Changing Patterns. Latin America's Vital Media*. New York: The Freedom Forum Media Studies Center at Columbia University, 1995.
- Cosío Villegas, Daniel. *El estilo personal de gobernar*. México: Joaquín Mortiz, 1974.
- Womack, John Jr. *Zapata and the Mexican Revolution*. New York: Vintage Books, 1968.